30

¿2952 9467

37





DON DIEGO DE PEÑALOSA Y DOÑA MARIA LEONARDA.

ROMANCE DE LOS AMOROSOS SUCESOS DE ESTOS DOS finos amantes.

PRIMERA PARTE.

ROmpa la vaga Region
ese elemento, que manda
lenguas al clarin sonoro,
que siempre en voz de la fama,
y el éco de su armonia
con alegres consonancias
á Climas estraños llegué,
para que notorio haga
el mas singular suceso,
y historia mas celebrada,
que se ha oido, ni se ha visto,
ni escriben plumas humanas.
Y porque duda no quede,
es preciso declararla,
para lo qual pido y ruego,
que me dé favor y gracia
á la Virgen del Pilár,
Madre de Dios Soberana.
En la ilustre Zaragoza,
á quien del Ebro las aguas
bañan con claros raudales
sus invencibles murallas,
á donde la Virgen pura,
nuestra Madre, y Avogada,
que es la Virgen del Pilár,
tiene su Divina Casa,
pues se apareció gloriosa
en esta lucida Patria
á el Apostol San-Tiago,
diciendo, que le labrara
su Casa de Adoracion,
en donde la veneraran,
para que alli esta Señora
sus maravillas obrara.
En fin en esta Ciudad,
que ya dexo mencionada,

vi-

vivia un gran Caballero
de esclarecida presapia,
y noble genealogía,
llamado Don Juan de Lara,
con su muy querida esposa
Doña Maria Leonarda,
los quales en dulce union
se querian, y estimaban,
y del feliz Matrímonio
el Cielo les hizo gracia,
y les dió un Angel por hija,
de las mugeres la gala,
que por su hermosa belleza,
y perfecciones tan raras
era hechizo de las Díosas,
y otra Elena robada,
el crimen de Dios Cupido,
y de Flora semejanza,
que si Venus mereció
aquella hermosa manzana,
que se apareció en la mesa
donde las Diosas estaban,
tambien esta hermosa Niña
mereció que la adoraran
los mas nobles Caballeros
de mas bizarria, y fama,
como lo dirá la letra,
que aqui al presente se canta.
Llamabase esta Señora
Doña Maria Leonarda.
pues le pusieron los mesmos
nombres de su Madre amada.
Criaronla con regalo,
con muchas joyas, y galas,
asistida de Doncellas,
que la traian en palmas,
dandole gusto sus Padres
siempre en lo que deseaba.
Y asi que llegó á cumplir
en su dulce, y tierna infancia
quince Abriles su belleza,
la pretendian con ansia
los mas nobles Caballeros,
y desvelados andaban,
siendo Linces de sus rexas,
como de su calle guardas,
ofreciendose rendidos
á sus bellisimas plantas,
cantandole muchos versos,
y primorosas tonadas,
pero su esquivéz altiva
á todos los despreciaba,
mostrandose mas cruel,
mientras mas la laureaban;
pero con mayor empeño,
entre todos se señala
con amorosos extremos
un Caballero, que llaman
Don Diego de Peñalosa,
y fue cosa, que le agrada
á esta copia de belleza
pues dexando el ser ingrata
correspondió á sus favores,
y de secreto se hablaban:
y el uno á el otro se dieron
de casamiento palabra,
y estando para pedirla
á sus Padres lo dilata
por ciertos inconvenientes,
y cosas que precisaban;
á cuyo tiempo otro amante,
que por esta niña andaba,
que era Don Martin de Soria,
Caballero de importancia,
se anticipó, y á su Padre
se la pidió con mil ansias,
haciendole mil promesas,
y prometiendo dotarla
en cinquenta mil ducados,
y otras prendas vinculadas.
Y discurriendo Don Juan
seria cosa acertada,
se la ofreció con testigos
debaxo de su palabra,

y Don Martin muy contento,
viendo, que sus esperanzas
llevaban buenos principios
para lo que deseaba,
se despidió muy contento,
y Don Juan se fue á su casa,
llamó á su hija, y le dixo
con amorosas entrañas:
Has de saber, hija mia,
como te tengo tratada
de casar con Don Martin
de Soria, y le tengo dada
la palabra con testigos,
y en ello no ha de haber falta,
mira lo que me respondes,
si es cosa, que á ti te agrada.
Respondió Doña Maria
resuelta, y determinada,
diciendole: Señor Padre,
no importa, que esa palabra
(sin saber mi voluntad)
no obliga á cumplir en nada,
que no siendo yo gustosa,
será fuerza quebrantarla.
Don Diego de Peñalosa
es quien conmigo se casa,
y si lo llega á saber
lo que con Don Martin pasa,
será cosa, que le quite
la vida sin mas tardanza,
con que asi, para evitar
la resulta de esta causa
despida usted á Don Martin,
antes oy, que no mañana,
que con él no he de casarme,
aunque pedazos me hagan.
El Padre lleno de enojo,
encendido en ira, y rabia
ha dicho: Como traydora,
respondes demasiada?
No vés, q ese hombre es pobre?
Y ella entonces replicaba:
Por eso que yo soy rica,
y le supliré la falta.
Viendo Don Juan, que su hija
con razones no se ablanda,
la encerró en un quarto sola
sin quererle dár, ni aun agua.
Tuvola alli un dia entero,
y á la noche la sacaba,
y llevandola á la mesa,
á su lado la sentaba,
y despues de haber cenado
comidas muy regaladas,
dixole: Hija querida,
por Dios el gusto me hagas
de querer á Don Martin,
que lo estimaré en el alma:
No quieras, hija querida,
no permitas, prenda amada,
que yo quede desayrado,
por faltar á mi palabra,
porque como falte á ella,
serán mis congoxas tantas,
que muera de pesadumbre
solamente por tu causa.
Respondió Doña Maria:
Porfias son excusadas;
Señor, esa pesadumbre
usted es quien quiere buscarla,
porque yo no se la doy,
ni tal cosa imaginara:
Don Diego de Peñalosa
es quien conmigo se casa,
que á Don Martin aborrezco,
sin que otra novedad haya.
Esto que ha oido Don Juan,
sacó un puñal de la bayna,
y al tiempo de ir á tirarle
llegó su esposa, y lo abraza,
poniendose por delante
las doncellas, y criadas.
Salió su hija huyendo,
y él dixo: Traydora anda,
que

que te juro por quien soy
de hacer una accion tan rara,
que ni Don Martin te lleve,
ni Peñalosa te valga.
Asi estuvo aquella noche,
discurriendo modo, y traza
para reducir su hija,
que hiciese lo que le manda;
discurrió (que tirania!)
la crueldad mas inhumana,
que se ha oído, ni se ha visto
en todo quanto el sol tapa,
que fue llevarla á los Montes,
y en un arbol amarrarla,
y si no se reconviene,
dexarsela alli ó matarla.
Pusolo en execucion,
y antes que rompiese el Alva
de su casa la sacó
en un caballo á las ancas,
diciendole, que á un Convento
iban á depositarla.
Por fin se metio en los montes
por los cerros y cañadas,
hasta que en el mas oculto
sitio, que se le antojaba,
que aun apenas se podia
hacer evidencia clara
si era noche, ó era dia,
por la espesura de ramas,
de arboles, pinos, y encinas,
laureles, olmos, y palmas.
Se desmontó del caballo,
y en un arbol amarrada
la dexó muy afligida,
y de alli se retiraba.
Sentose sobre una peña,
para que rato pasara,
y volver á requerirla
por vér que razon le daba;
pero dormido al instante
quedó sin que despertara,
hasta que la luz del dia
cubria la obscura capa
de las funestas tinieblas
de la noche en sombras pardas:
Despertó despavorido,
y procurando buscarla,
ó por permision del Cielo,
ó por su fortuna infausta,
no pudo encontrar el sitio
donde la dexó amarrada.
Aqui fueron los lamentos,
los llantos, y las plegarias,
que el Caballero hacia
á Dios por su hija amada.
Viendo que por diligencias,
que hacia no le encontraba,
y aunque queria dar voces,
no podia pronunciarlas,
porque el grande sentimiento,
y pena, que le cercaba,
con el dolor, los sentidos,
y la voz se le embargaba.
Pues miren como estaria
aquella hermosa Diana
amarrada en aquel arbol
de noche entre aquellas matas,
que para perder las vidas
poco á los dos les faltaba.
En donde los dexarémos
entre congoxas, y ansias,
que en otra segunda parte,
si al Auditorio le agrada
promete Joseph Francisco
decir lo demás que falta.

Con licencia: En Cordóba en la Imprenta de D. Juan Garcia Rodriguez de la Torre, Calle de la Libreria.